

CAPITULO VI.

LA VERDADERA SOCIEDAD CRISTIANA HA MENESTER
UNA MORALIDAD QUE LA CARÁCTERICE.

El verdadero cristianismo tiene su natural desenvolvimiento en el catolicismo, porque debe estar al alcance de todas las almas que quieran encontrarlo. El dógma, fuera de la Iglesia no hay salvacion, implica el del catolicismo: una verdad que, bajo pena de condenarse, debe abrazar el mundo entero, ha de estar al alcance de todas las miradas. No obstante, así como el cisma y la herejía solo realizan la unidad en ódio al catolicismo, es decir, valiéndonos de la expresion de Hegel, "la unidad en la nulidad," de la

propia suerte son incapaces de alcanzar la extension territorial y el dominio universal que constituyen el catolicismo.

La Iglesia está marcada con otro signo que atestigua su divinidad, y es la moralidad excepcional que distingue su fin, su origen y sus efectos, y que el lenguaje teológico ha llamado la santidad. Ciertó que hay en la Iglesia una parte humana que excluye la perfeccion absoluta: donde quiera que alcanza el oleaje de la libertad, deja algo del limo que tiene en suspension; mas la Iglesia permanece incorruptible en los elementos divinos que la componen.

Distincion verdaderamente importante. Jamás se ha dicho que la Iglesia seria asistida en la santidad de sus miembros, sino en la pureza de su doctrina: que no habria escándalos; pero sí que no habria jamás errores: y nada hay, hasta en la condenacion de los errores por los mismos autores de los escándalos, que no sea una prueba de la inalterabilidad de la doctrina. ¡No es, por ejemplo, verdaderamente sorprendente, que las faltas de Alejandro VI, no hayan influido en perjuicio de la integridad virginal de la verdad confiada á su custodia, y que el Bulario de ese Maestro, como ha escrito, no recue-

do donde, el conde de Maistre, sea impecable? Es preciso convenir en que semejante contraste ha sido motivo para que en determinados espíritus se fortaleciera la fé. Montaigne nos habla de un individuo que «habiéndose dirigido á Roma movido por el deseo de admirar la santidad de nuestras costumbres, al convencerse de la disolución en que vivían así los prelados como el pueblo de aquella época, léjos de desilusionarse se afirmó más y más en nuestra religion considerando cuanto debe tener de robusta y de divina, como puede mantenerse brillante y esplendorosa en manos tan viciosas (1).»

No permita Dios que haga de esta tesis una, cuestion de personas, y que estableciendo un paralelo entre católicos y disidentes, achaque á los unos todas las virtudes y suponga en los otros todos los vicios. Sea positivamente que entre los herejes y cismáticos hay individuos de buena fé, hermanos que llevan impresa la señal de la grandeza evangélica y de la belleza de Cristo. Sería injusto desconocerlos y crueldad sacrilega perder á aquellos que Dios ha determinado salvar. Trátase pues de comparar aquí en la Igle-

(1) Lib. 2º cap. XII.

sia y fuera de la Iglesia, no á las personas á quienes conocemos, sino las instituciones y nada más que las instituciones.

Si juzgamos de estas por el testimonio de los que las han visto nacer y engrandecerse, tendremos motivos muy poderosos para conceder únicamente un aprecio mediano á la santidad de la herejía y del cisma. «La reforma, dice Erasmo, no tiene más fin al parecer, que transformar en maridos y mujeres, á los frailes y á las monjas. ¡Así es como se sacrifican!» Posteriormente Fits William, ha podido escribir con mucha razon: «El tránsito de la Iglesia á una secta se hace casi siempre por el camino de los vicios; en tanto que el de una secta á la Iglesia, se hace siempre por el camino de la virtud.» Y semejantes resultados no deberian causarnos la menor sorpresa, cuando sabemos que un autor herejico ha osado lanzar el siguiente grito: «Probablemente el mundo no ha visto jamás reunidos dentro de un mismo siglo un hato de bribones como Lutero, Calvino, Zuinglio, Beza y otros célebres reformadores. Todos ellos, según confesion de sus propios sectarios, están manchados por los vicios más vergonzosos. El único punto en que estaban de acuerdo era la uni-

tilidad de las buenas obras (1) Si es una verdad que en los efectos no debe buscarse más que lo que hay en las causas que los producen, preciso es convenir en que tales fundadores no se hallaban en estado de comunicar la santidad á su fundacion.

Por lo que respecta á la santidad del cisma, sus obras nos dirán lo que debemos pensar. Indudablemente tiene cierta integridad de doctrina, que con la posesion de todos los sacramentos para desarrollar la moralidad en las almas le dan cierta superioridad sobre la herejía; empero tiene como esta un sacerdocio casado, es decir, infecundo para todo lo grande, porque el celibato religioso es la condicion de nuestra paternidad en el orden de los trabajos y de las virtudes heroicas. Fuera de este crisol y de semejante educacion, las almas estan condenadas á la medianía: el esfuerzo moral más inspirado por la mirada de los hombres que por el respeto hácia Dios, se cambia en una especie de honradez evangélica, y la santidad se ve reemplazada por la regularidad ó por la hipocresía. Por esto no me sorprenda que un escritor ruso

(1) Cobbet, historia de la reforma protestante.

exclame: "¿Qué diremos de nuestros sectarios mezcla confusa de depravacion y de locura, de credulidad cristiana y de licencia salvaje, todo lo que de más extremado puede imaginarse en punto á sencillez de creencias y en fantasías de disipacion (1)."

Por lo tanto, únicamente la Iglesia católica permanece siendo la verdadera escuela de la moralidad supraeminente. Así como existe un primer grado en la grandeza moral, al cual solo por medio del cristianismo puede alcanzarse, existe todavía otro superior al que conducen únicamente las influencias católicas. Al expresar nos de este modo, no se crea que establecemos una tesis mística, hacemos hablar los hechos más incontestables, poniendo en evidencia que nuestra Iglesia cuenta en su temperamento con elementos divinos, y por consiguiente una superioridad verdaderamente miraculosa sobre los demás, desde el punto de vista de su origen, de los medios regeneradores que emplea y de las virtudes que alcanza.

(1) Ruscel.



I.

Nada tenemos que decir del origen santo del catolicismo, puesto que no ha menester ni ser conocido ni ser justificado. Los recuerdos de Jesucristo y de su costado herido, de donde ha brotado la Iglesia; del cenáculo donde gérmino; de Pentecostés en cuyo día salió á la plaza pública; de los cuatro primeros siglos durante los cuales alcanzó un desarrollo completo, constituyen un ideal de pureza moral tan perfecto, que no es posible que institución alguna haya brotado de otra más elevada. ¿Sería ofender al cisma, el proclamar que le hace repulsivo lo bajo de sus comienzos? No, y no se hagan ilusiones sus más fervientes adeptos: si Enrique VIII hubiese sido casto; si Focio y Miguel Cerulario no hubiesen sido ambiciosos; si dos ó tres ciudades de Europa no hubiesen abrigado la pretension de elevarse á capital religiosa, todos los cismáti-

cos serian todavía católicos. Resultan pues, no de la santidad de sus fundadores, sino de sus groseras pasiones: y si por acaso llevan en sí mismo, las huellas, las señales de la santidad, se debe á que los descendientes son mejores que los abuelos, y los cismáticos valen más que el cisma.

¿Y sería hablar mal del protestantismo, decir que estaba juzgado por los ejemplos de sus autores? Al llegar á este punto, debo manifestar que no abusaré de mi posición. Nada diré de la continencia de Lutero, ni de la mansedumbre de Calvino, temeroso de que se juzgue la justicia de mi palabra, resultado de un sentimiento apasionado; mas no puedo prescindir de manifestar que respecto de este asunto dijo Federico II. «Si redujéramos á su más sencilla expresión las causas de los progresos de la reforma, veríamos que para Alemania ha sido el interés; para Inglaterra el amor; para Francia la novedad.» Que el protestante Bucer ha dicho, que la inmensa mayoría de los que han aceptado el protestantismo, solo se ha propuesto sustraerse á la autoridad del Papa y de los obispos, librarse de los votos religiosos, y cambiar una fé embarazosa, por un símbolo que niega la necesidad de la penitencia. Y que el mismo Lutero no va-

ciló en decir «que hay muchos que son buenos evangelistas por la sencilla razón de que restan todavía monasterios que ofrecen la perspectiva de tierras que repartir y vasos sagrados que robar (1).»

¡Cuán poco se parece todo esto á nuestros comienzos!

Los cuatro primeros siglos de la Iglesia católica constituyen un apogeo sublime de pureza y magnanidad, ante la cual el linaje humano se inclinará siempre con respeto: en cambio de todos los siglos de la reforma, el primero es indudablemente el más vergonzoso. ¡Qué diferencia entre el verdadero cristianismo en sus catacumbas y el cristianismo de Calvino durante su época de alumbramiento y de combates! ¡Inpretender reanimar las pasiones dormidas, ni justificar exceso alguno cometido hasta en interés de la verdad ¡quién osaría comparar nuestros mártires con esos soldados de Juan de Leyda y de Muncer que predicaban la tolerancia cuando eran los más débiles, y el exterminio cuando eran los más fuertes! ¡Quién se atrevería à preferir á nuestros modelos primitivos, esos monjes re-

(1) *Matthæus. dicit.*

fractarios que, no pudiendo resistir el freno del catolicismo, prescindían, apostataban de él por incontinencia, sin perjuicio de publicar que se entregaban á la disipación por exceso de virtud! Los apóstatas de la castidad siempre se han distinguido por el farisaísmo de negarla al abandonarla, y de poner en duda la sinceridad de aquellos que con sus sacrificios les acusan, como si bastara rebajarse declaradamente para usurpar las glorias de la inocencia, y cual si para el honor de esos perjuros cínicos fuera menester contemplar en toda inocencia una degradación que no tiene la franqueza de la confesión!

II.

En cuanto á los medios santificadores empleados por el catolicismo, y eliminados ó alterados por los disidentes, sería difícil darlos á conocer detalladamente sin traspasar los límites de nuestro cuadro: contentémonos pues con resumirlos.

¿Qué prueba mayor de la santidad de la Iglesia que su sinceridad doctrinal? ¡Cuán inmaculada se en su fé una sociedad que respeta hasta tal punto las fórmulas! Antes que suprimir una sola palabra de su símbolo, las que se refieren á la consubstancialidad del Verbo, ha consentido en perder las innumerables adhesiones de las sectas arrianas; ántes que transjir sobre la Procesion del Espíritu Santo, ha consentido en sacrificar sus más antiguas conquistas realizadas en el Oriente; ántes que atentar á la indisolubilidad de un sacramento, sufrió la venganza de Enrique VI I y la desercion de Inglaterra; ántes que sancionar sin restriccion los principios del 89, pasa por hacer frente al choque de todas las preocupaciones modernas coligadas contra ella: es decir que no dà importancia alguna á su popularidad, en tanto que tiene á la verdad en más que todo, y hace incessantemente cuanto sería menester para ser humanamente sacrificada, si no tuviese en su favor el apoyo divino.

Fijémonos ahora en el último sínodo protestante y escuchemos á los miembros de la derecha MM. Guizot, Bois, d'Hombres, Delmas, reclamando con empeño una autoridad viviente que no puede consentir su regla de fé; en tanto que los liberales de la izquierda MM. Colani,

Fontanés, Coquerel, Martin Peschoud, Pecaut pretendian un naturalismo tal, que de seguro sería motivo suficiente para que no se les admitiese en los colegios para profesores de filosofía: recuérdese al propio tiempo que estos tales, sin creer en lo sobrenatural, y nada más que para no sacrificar sus materiales intereses y sus títulos oficiales, sostienen las ceremonias nupciales y funerarias, es decir una porcion de prácticas sobrenaturales, y digásenos en cuál de las Iglesias brilla con más esplendor la firmeza y la honradez en las convicciones.

¡Qué mayor prueba de la santidad de la Iglesia que su pureza doctrinal! Para juzgar de ella nada mejor que compararla con las de las otras. El protestantismo en su conjunto no puede cerrarse en estas palabras que constituyen su programa teológico: «Creerás lo que quieras, y harás lo que creas.» «Sus ministros, dice J. J. Rousseau, no saben lo que creen, ni lo que quieren, ni lo que se dicen, ni siquiera puede saberse lo que aparentan creer, puesto que el mísero interés es lo único que influye en su fé (1).» Procede esto de que el protestantismo no ha

(1) Carta 11 de la Montañas.

dogmatizado contra las pasiones sino en favor de ellas. Fué un bill de libertad general: para los príncipes, de toda sujecion espiritual; para los doctos, de toda autoridad doctrinal; para los frailes, de sus votos; para los sacerdotes, del celibato; para los láicos, de la abstinencia, de los ayunos, de la confesion, de las obras meritorias, sin contar con que se puso por delante el cebo de la rapiña de los bienes eclesiásticos, y un llamamiento á otras muchas malas pasiones, en virtud de la siguiente consecuencia derivada de este principio. «Cuanto queremos es santo.»

En efecto: á la rigidez de nuestra doctrina dogmática, y á su virtud moralizadora, ¿qué es lo que ha sustituido la reforma? El dógma del *serf-arbitre* que viene à ser una especie de salvo conducto, concedido preventivamente para poder cometer con toda impunidad los crímenes más horrorosos; la doctrina de la justificacion por la fé sin las obras, que es la ruina de todo esfuerzo moral; finalmente la fé en la predestinacion que somete las almas al yugo de la fatalidad y que al propio tiempo destruye la esperanza del hombre y la bondad de Dios. No me sorprende pues que el racionalismo impío, con esta especie de olfato que caracteriza el instinto del odio lo mismo en el hombre que en la fiera, ha-

ya exclamado: «Para descristianizar la Europa es menester protestantizarla. Las mil sectas protestantes constituyen otras tantas puertas abiertas, por cada una de las cuales puede salirse del cristianismo (1).»

¡Qué mayor prueba de la santidad de la Iglesia, que la eficacia de sus sacramentos! No hay que hacerse ilusiones: la Iglesia ha regenerado el mundo moderno, no por medio de las teorías de la ciencia especulativa, sino en virtud de sus abluciones purificadores! Permítanos el lector que repitamos en esta ocasion lo que acaso tiene ya olvidado. «El hombre provisto de esta fuerza divina, practica más virtudes que un cristiano meramente especulativo. De la propia suerte toda religion que rechaza los sacramentos, se coloca, moralmente, debajo de la que conserva la confesion y la comunión. El mejor comprobante de la verdad que acabamos de establecer es la siguiente escala de proporcionalidad, justificada por la historia: el catolicismo, que guarda intacto el depósito de los sacramentos, es la religion que obtiene mayor número de sacrificios de la voluntad humana; viene en pos el cis-

(1) Ed. Quiet.

ma griego que los desfigura; y el protestantismo que rechaza la mayor parte, ocupa un lugar inferior en el camino de la verdadera moralidad.

«Y no vale oponer á lo que acabamos de manifestar, la moralidad más ó ménos auténtica de ciertas poblaciones rusas y anglicanas, comparada con el relajamiento de los católicos meridionales, puesto que al establecer el paralelo, hemos supuesto igualdad en la fuerza de las pasiones. ¿Y puede sostenerse que exista paridad de estímulos bajo el cielo aplomado de Siberia ó de Alemania, y en las ardientes zonas de Italia ó de España? ¿A qué quedaría reducida la cacareada honestidad de las naciones heréticas, si cayeran sobre sus rollizos miembros los rayos de este sol que hace hervir nuestra sangre? El error ha abandonado los países difíciles de gobernar, desde el punto de vista del temperamento, para establecerse en las regiones en las cuales el frío del cielo conserva las costumbres en su lugar correspondiente; pero el día en que los sacramentos, especialmente la Penitencia y la Eucaristía fuesen abolidos, sea del lado allá de los Alpes, ó del lado allá de los Pirineos, desprenderíanse de nuestros ardientes climas tan impuros miasmas, que conducidos por el viento

del Mediodía, bastarían á envenenar la Europa entera.»

Hemos empleado estas palabras hablando de los sacramentos, en general, que pertenecen al cristianismo; mas nos vamos en el caso de reivindicar especialmente los frutos y el honor de esta verdad para la Iglesia católica, que ha conservado el depósito de los sacramentos más moralizadores: la Penitencia, la Eucaristía, el Orden sacerdotal y el Matrimonio. Imagínese en un mismo país, al lado del catolicismo, una religión que repudia esta confesion, en la cual la humillacion de comunicar á otro la falta cometida, tiene su compensacion en poderse levantar con la frente erguida en virtud del arrepentimiento; que rechaza esa comunión por cuyo medio Dios envía al corazón de los cristianos ávidos de su posesion, la ambicion de todas las virtudes; que autoriza el divorcio; que hace y deshace los sacerdotes por delegacion popular: hágase el experimento de ambos cultos en un número igual de almas, igualmente buenas ó malas y es imposible que la palma del poder santificador no se adjudique al catolicismo.

Es verdad que el cisma conserva de una manera nominal los medios de purificacion moral propios del catolicismo; pero en Inglaterra las

alteró al cabo de breve tiempo, y bajo las bóvedas de las iglesias griegas, solo los administras mediante la autorizacion y el beneplácito del César. De esta manera la fuerza material emponzoña los manantiales de la gracia sacramental, la santidad de esta ha resultado viciada por una inmixture corruptora, y los pastos han perdido sus elementos de vida en cuanto los pastores han dejado de ser legítimos. Por lo demás era justo que este sacerdocio que ejercia su oficio en virtud de una autorizacion imperial, no tuviera más accion que la de un funcionario público, y en manera alguna la de un enviado de Cristo.

¡Qué mayor prueba de la santidad de la Iglesia que la santidad de sus influencias! La Iglesia es relativamente inmaculada en sus miembros, porque existe debajo del sol otra sociedad religiosa cuya santidad se ve continuamente acreditada por el poder de los milagros; de dónde brotan incessantemente tipos de grandeza moral dignos de ser colocados sobre los altares; entre cuyos jefes cuenta 90 inscritos en el catálogo de los santos y 33 en el de los mártires; cuyas mismas pérdidas, en fin, atestiguan la pureza hasta el punto de que la herejía ha podido escribir: «El protestantismo es el albañal del catolicismo».

mo: cuando el Papa escarda su jardin, arroja la mala yerba por encima de nuestros muros.»

No hay pues para qué insistir respecto de la accion moralizadora de la Iglesia: lo contrario seria injuriar la memoria de nuestros contemporáneos. A sus oídos han llegado las palabras del *Te Deum* de cincuenta canonizaciones, palabras entonadas en el interior de ese otro *Te Deum* de mármol que se llama San Pedro de Roma, y si Pio IX se ve un día rodeado en el cielo de todos los bienaventurados á quienes ha ceñido la mayor corona, la gloria de su reino eterno ofrecerá compensaciones á su realza temporal despojada y saturada de dolores.

Y esta santidad de la Iglesia es tan absoluta, que alcanza hasta á aquellas regiones en las cuales no se distingue la Iglesia, y llega á absorber todas las demás santidades de la tierra. Así como fuera de la Iglesia no hay salvacion, tampoco fuera de la Iglesia pueden encontrarse estas virtudes sobrenaturales que proporcionan dicha salvacion: cuanto penetra en el cielo debe haberse purificado, y por consiguiente debe proceder de este crisol preparatorio, sin que esto constituya una exigencia arbitraria. O bien los disidentes practican la virtud con tenacidad culpable contra la verdad, y en este caso Dios no

debe recompensa alguna á los esfuerzos de los cuales no es verdadero móvil, ó son fieles á su conciencia y se mantienen en un estado de irreprochable buena fe, en cuyo caso pertenecen al alma de la Iglesia. En consecuencia resulta que no está en la mano del hombre producir un bien sobrenatural fuera del seno maternal; que la Iglesia es al par la fuente y el depósito de toda santidad terrestre, y que si, lo que es imposible, llegara á desaparecer, el mundo desaparecería con ella; puesto que el mundo sin Iglesia, sería cosa abominable á los ojos de Dios.

III.

Los efectos de la santidad y de la santificación católica son demasiado numerosos para que puedan fácilmente someterse á clasificación. Con todo esto, á nuestro juicio, hallanse casi resumidos y compendiosos en esos tres tipos

del sacrificio evangélico, que sólo se encuentran en el verdadero cristianismo, — pues fuera de él, ó no se hallan, ó están muy rebajados, — y que se llaman el Sacerdote, el Religioso y el Mártir.

El Sacerdote es, entre nosotros, una víctima de oficio, enviada por la Santa Uñion á todos los puestos difíciles de la Iglesia, y algunas veces de la pátria. Es un ser predestinado al cual la Iglesia le dice al consagrarle: adquiero tu vida, y tomo tu sangre en arras para disponer de una y otra en cuanto lo reclame la necesidad pública. Vé, pasa como un bienhechor por entre las iniquidades del mundo; virgen, con tus fatigas y afanes haz crecer las vírgenes; santo, por medio de tu palabra suscita otros santos. Después de esto, aun cuando debas permanecer siempre sólo así en vida como en muerte, no elijas una tumba en ninguno de los lugares de esta tierra, porque así como el ángel arrebató al profeta, yo quiero, según mi antojo, poderte levantar del suelo y arrojarte á las ciudades ó á los campos, á los pueblos infestados por la epidemia, ó á los cadalsos para que expires en el martirio que me acomode. Hé ahí el sacerdote en su acepción ideal y tal cual muchas veces lo ha producido el catolicismo.

Miremos ahora lo que pasa á nuestro lado: ¿Qué es el sacerdote en la herejía? Un profesor de religión que da su conferencia cada ocho dias, mediante pingües honorarios; un hombre que ocupa el púlpito, no para enseñar las virtudes heroicas y la locura de la cruz, sino una especie de *decorum* evangélico; finalmente, un padre de familia que con lo sobrante de su prebenda, viste á la mujer, dota á sus hijos, y al cual tres siglos de apostolado no han costado una sóla gota de sangre. Nos conviene hacer constar que no deben tomarse nuestros lamentos por recriminaciones anticuadas. En las filas del sacerdocio que estoy juzgando, he conocido figuras dignas del mayor respeto; pero las intenciones más respetables nada pueden contra la esencia de las cosas. Ahora bien, la esencia de las cosas exige que cuando el sacerdote ha perdido su pureza de pontífice, sea incapaz de convertirse en noble víctima. Quien dice víctima, en efecto, dice el sacrificio de su propia persona, y ese sacrificio no se lo pidais á un hombre que se siente ligado al hogar por vinculos los más tiernos, cuando los apestados le aguardan en los hospitales; que no puede expirar sonriendo, porque herirá sus oídos el llanto de los huérfanos que gimen en torno de su lecho; que no tiene siquiera la pro-

piedad absoluta de su sangre, puesto que aun dando la vida no podrá dar su corazón.

Duespues de lo dicho, contemplemos al sacerdote en el cisma, y veremos las mismas degradaciones con mayor servilismo. En Rusia, el santo-sínodo está oprimido por el emperador; los obispos por el santo-sínodo; el clero inferior por los obispos, cuyo yugo se ha comparado al de los plantadores. Los detalles de la educacion clerical, dice un sacerdote de esta comunión, horrorizan. El embrutecimiento resultante de los excesos de la dependencia, de las necesidades domésticas, del amor al lucro, y de la embriaguez, habitual en los rangos inferiores de ese sacerdocio, son tales, que apenas nos es dado formarnos idea de ellos. En 1839 sobre ciento dos mil eclesiásticos, el santo-sínodo debió pronunciar cinco mil condenas por delitos infamantes. La casa de los popes es el escándalo de las gentes por las discordias que la deshonoran. Finalmente, el clero está hasta tal punto desprovisto de virtudes cristianas y de dignidad social, que hasta el mismo pueblo se avergüenza de la amistad de un sacerdote, y estrecha con desvío las manos sagradas que llevan la Eucaristía y que se extienden sobre las cabezas de los hombres para bendecirlas.

¿Y el cisma de Oriente puede conservar el tipo de la santidad sacerdotal? A juzgar por las deposiciones de testigos irrecusables, sus patriarcas compran frecuentemente su dignidad à fuerza de dinero, que recobran despues à fuerza de impuestos y depredaciones. La venalidad mancha las eminencias de esta jerarquía eclesiástica; la ignorancia los grados inferiores, y el envilecimiento reina desde las eminencias hasta los grados inferiores. Gentes que desempeñaban en el puerto el oficio de marineros, aparecen de la noche à la mañana convertidas en doctores que ocupan la cátedra, ó en sacerdotes que celebran en los altares. En una palabra: la sucesion de San Crisóstomo ha ido à parar à manos de renegados empedernidos, y los descendientes de los pontífices que en otro tiempo hacian temblar à los emperadores, se arrastran à los piés de un bajá turco: tan cierto es que ese sacerdocio al separarse, con sus bocas de oro perdió sus hombres de génio, su gloria, y lo que es más, la santidad que le habia sido concedida (1).

Despues del sacerdote, el religioso, puede ser

(1) Véanse Doellinguer, *Les Eglises et les Religieuses*, Fitzgibbons, *La Iglesia Oriental*, Besson, *La Obra del Hombre Dios*.

considerado como la medida de la pureza de una Iglesia, porque en su sacrificio representa tres virtudes que son la esencia de la perfeccion evangélica: la virginidad, la proeza y la obediencia voluntaria.

La virginidad es una especie de encarnacion del Angel en el hombre, y una transfiguracion de la materia que parece crear jerarquías. Santa poesía de la virtud que inspira à la multitud el gusto y el respeto hacia ella, y que conserva la moralidad de los pueblos por sus emanaciones purificadoras, à la manera que ciertos aromas difundidos en una atmósfera evitan los efectos del contagio. Compadezcamos à aquellos que no conocen esta majestad. Creen adelantarnos y retroceden más allá del paganismo, porque los emperadores romanos que pasaron con sus carros triunfantes sobre todas las grandezas de la tierra, lo detenian para dejar que pasaran las vestales. El cristianismo añade todavia en sus soledades sagradas una nueva virtud à la que acabamos de consignar: la obediencia por amor. Dirigios à un hospital y contemplad trabajando esas criaturas tan dependientes, que hasta han perdido su nombre de familia para tomar, ora el de la Esperanza, ora el de la Misericordia, ora el de la Caridad, y que es tan poco lo que

á si mismas se pertenecen, que todos los desgraciados y todos los seres corrompidos tienen derecho para darles el dulce nombre de hermanas, y decidme, puesta la mano en el corazón, si es posible concebir más noble esclavitud. Finalmente, agrégase á las precedentes una nueva virtud bajo el yugo sublime de la evocación religiosa: me refiero á la pobreza. Sean las que quieran las dificultades de la castidad y de la obediencia, la humana naturaleza puede ensayarlas si cuenta con el premio de la material recompensa: mas el trapense que trueca el brocado por el burdo sayal; el Mercenario que abandona sus bienes, temeroso de que los enfermos puestos á su cuidado pueden considerar que ellos no los tienen; las servidoras de los pobres, que no satisfechas con abandonar á su madre por extraños cubiertos de llagas, se unen á la pobreza para demostrar que tiene atractivos; todas esas águilas de la vida cristiana no se encuentran junto á la cátedra de cualquiera Iglesia que dogmatiza, sino y únicamente al lado del altar católico, es decir, en el único lugar en que se encuentra la carne que ha de alimentarlas. *Ubi fuerit Corpus, illic congregabuntur et aquila* (1).

(1) Mat. 24 28.

Ahara bien: ¿á qué quedan reducidos esos tres florones de la radiante corona que se llama consejo evangélico, en los monasterios del cisma y de la herejía? En Rusia, los conventos abiertos para los hombres que cuentan lo ménos cuarenta años, y para las mujeres cuando ya han cumplido cincuenta, se componen de neófito que renuncian al mundo despues de haber agotado sus placeres: un superior, nombrado por la autoridad, tiene á su cuidado el cumplimiento de la voluntad del santo sínodo y del emperador; cada neófito tiene asignada la renta de cuarenta francos para su mantención y cada religiosa la de veinticinco, con lo cual llega á tal extremo la degradación moral, «que á excepcion del clero secular de Rusia, no existe en la cristiandad, raza de hombres más miserables que los monjes de ese país.» En Oriente los desiertos de la contemplación y de la mortificación cristiana se despueblan de dia en dia, y donde se respiraba el perfume virginal de la vida del claustro, se exhala el hálito infecto de una inmoralidad más propia del islamismo que del Evangelio. Finalmente la herejía ha hecho desaparecer los monasterios, convencida de que no podia reproducir sus ejemplos, ni sorportar su reproche, y acaso estamos más en lo cierto diciendo que ha substi-

tuido una comunidad por otra... Hacia el año 1550 un monje y una religiosa secularizados, sentados cabe el mismo hogar meditaban tristemente sobre la larga senda sembrada de sacrilegios y apostasias que habían recorrido. Lutero decía á Catalina Bora su cómplice—Catalina, ese cielo hermoso que contemplamos, no ha sido hecho para nosotros.—Entónces, contestó la interpelada, quiere decir que ha llegado la hora del arrepentimiento.—Es tarde, contestó el hereciarca, asombrado ante el espectáculo de las ruinas que amontonara á su paso. De esta suerte la sociedad de los placeres impuros se había sustituido á la de los placeres del sacrificio y el matrimonio colmado de remordimientos se convertía en vengador de los votos de la religión profanados.

El martirio constituye el tercero de los heroísmos de la santidad cristiana que no florece fuera del verdadero cristianismo. Nada más frecuente que el valor de derramar su sangre en determinadas circunstancias; pero el martirio religioso constituye, respecto del particular, un acto sublime y verdaderamente inimitable. Morir con la espada en la mano, devolviendo los ataques que se reciben, es en Francia condicion

tan generalizada, que sólo llaman la atención los que de ella se hallan desprovistos; pero morir á pecho descubierto y con el brazo desarmado; ir á buscar la muerte en regiones ignoradas, como se va á buscar la fortuna al otro lado de los mares; morir finalmente con la sonrisa en los lábios, expresando el sentimiento de la dicha, como Santa Perpetua, por ejemplo, que en mitad del circo se atusó cuidadosamente el cabello, para que los espectadores no pudieran imaginar que la dominara el sentimiento de la tristeza, ó como otros mártires que abrazaron estrechamente á sus verdugos para darles una muestra de agradecimiento, constituye una actitud heroica hasta la sublimidad, que el catolicismo ha ofrecido al mundo en repetidísimas ocasiones, y que jamás secta alguna ha tratado de imitar. Y en este punto prescindo de aducir pruebas, porque la evidencia no necesita demostrarse.

Sí, la evidencia histórica nos manifiesta que cuando se trata de la muerte por la fé, el protestantismo se bate en retirada. Cierto que duran te las guerras religiosas, en determinadas ocasiones, ha herido y ha recibido la muerte; mas siempre ha sido al par verdugo y víctima, jamás ha sido mártir. Cuenta en el apostolado exploradores y viajeros decididos; mas no sublimes

combatientes. Su misionero, cuidadosamente preservado del peligro por una esposa y unos hijos amorosamente interesados en la conservación de su salud y de su vida, viaja para la fé; pero sin confesarla. Su papel se reduce al de comisionista del Evangelio, dejando á otros la gloria de ser sus apóstoles. Así es como para castigar á la reforma el haber negado la sangre de Jesucristo en la Eucaristía, Jesucristo ha sacado la sangre de la reforma. Toda negacion deshonrosa se ve confundida.

Y la verdad histórica ¿nos pone de manifiesto mártires en el seno de las iglesias fociana ó moscovita? En parte alguna puede darse con un enviado de los patriarcas cismáticos marchando á la muerte en las misiones extranjeras: los confesores han concluido con el apostolado heroico. Los apóstoles se conservan para su familia, se sacrifican por sus emperadores; pero jamás acortan sus días en favor de Dios. Tan cierto es esto, que por más que se investigue en los anales de la Rusia separatista, es imposible descubrir un solo mártir. . . . decimos mal, mártires existen bajo la tiránica dominacion de los czares; pero es de Polonia de donde nacen y es la Iglesia ortodoxa la que los produce. ¡Oís esas voces plañideras que brotan de las márgenes del Vis-

tula? Son los ayes de una nacion católica que se ve torturada á causa de sus creencias; semejante á Sta. Catalina, háse visto asediada por los sofistas ántes de ser despedazada por los verdugos; mas los verdugos de la polttica, solo se han adelantado contando con la complicidad de los sofistas moscovitas, y la sangre vertida por aquellos ha caído sobre la cabeza de los últimos.

CAPITULO VII.

DE LA EDAD QUE DEBE TENER LA VERDADERA SOCIEDAD CRISTIANA.

La cuestion de los miembros, de la cabeza, de la vida de la forma, de la estatura, del temperamento propios del organismo de la Iglesia, queda resuelta: fáltanos examinar la relativa á su edad. ¿A qué época debe referirse el nacimiento de esta milagrosa institucion? No cabe desconocer que su edad es la edad del apostolado, puesto que toda religion que no procede inmediatamente del mismo Jesucristo por una genealogía apostólica, es necesariamente humana de origen y de constitucion.

La libertad espiritual, con relacion á la Iglesia, es su prueba política: la unidad, su prueba

orgánica: el catolicismo, su prueba geográfica: la santidad, su prueba moral: el apostolado, su prueba cronológica. El apostolado, tal cual nosotros lo entendemos, es para una Iglesia la mision de enseñar la doctrina de Cristo, recibida de los apóstoles por una série no interrumpida de pastores legítimos.

Fundada por el Salvador su obra con carácter de perpetuidad, la Iglesia puede ser comparada á un inmenso árbol genealógico cuyo tronco es Jesucristo, cuyas ramas principales constituyen los doce Apóstoles, siendo los demás pastores las ramas secundarias; pero cuyo conjunto vive exclusivamente merced á la circulacion de la savia divina. Por medio de esta imágen puede comprenderse la importancia que tiene en la sucesion apostolica de una Iglesia, la no interrumpida série de los pastores legítimos. Desde el momento en que dicha série se interrumpe, suspéndese la circulacion de la sávia que no puede alcanzar á la rama cortada, y si el pastor es ilegítimo, podrá constituir, si se quiere, el tronco de un árbol nuevo; pero en manera alguna una parte, una rama del árbol divino. Esto es lo que inspiró á Bossuet esta elevada comparacion: "No existe ni existirá secta alguna, que sin interrupcion pueda llegar hasta Jesucristo,

Las herejías no constituirán jamás esos rios de corriente constante cuyo origen fecundo é inagotable les proporcionara eternamente el caudal de sus aguas: no serán más que torrentes «que pasan, que proceden de sí mismos» y que se secan del mismo modo que han venido (1).»

Véase ahora de qué manera se plantea la cuestion entre la verdad y la herejía. Tomemos la genealogía pastoral de la sede de S. Pedro, y encontraremos un pontífice ilustre que cuenta entre sus predecesores á un Gregorio XVI; á un Benedicto XIV; á un Martín V; á un Inocencio III; á S. Gregorio; á S. Leon; á S. Clemente; á S. Pedro, en fin, que fué heredero del mismísimo Dios. De Pio IX á Jesucristo, en el transcurso de diez y ocho siglos, y mediante una serie de doscientos cincuenta y ocho pontífices, el hilo genealógico no se interrumpe un sólo instante; la serie de los pastores legítimos no experimenta la más insignificante solucion de continuidad.

En cambio, ¿en qué consiste el apostolado de la mision en las iglesias protestantes? En el sínodo de 1872, los calvinistas franceses han decretado en los siguientes términos su constitu-

(1) *Anal. sobre las herejías.*

cion orgánica.—La parroquia será regida por un consejo presbiteral elegido por sufragio universal: superior á la parroquia será el consistorio nombrado por el consejo presbiteral: superior al consistorio será el sínodo particular, elegido por el consistorio, y superior al sínodo particular, será el sínodo general designado por los sufragios de aquel.—Todo esto para subsistir, durante el breve espacio de tres años, sin perjuicio de cambiar inmediatamente este personal y semejantes disposiciones, si se considera que hay motivo para ello, y de reemplazar con simples láicicos los pastores que no satisfagan las aspiraciones de los adeptos, y de repetir los experimentos mientras lo juzgue necesario una comunidad indecisa, en la cual la divinidad de Jesucristo ha sido votada por los ministros de la religion por una mayoría de 62 votos contra 39.

Y ahora volveremos á preguntar: ¿Qué apostolado puede haber en ese ministerio evangélico, improvisado por escrutinio, que no ofrece relacion alguna entre los miembros que lo constituyen y los verdaderos apóstoles? Conviene, sin embargo, que el lector sepa cómo y por qué este es capital en la apreciacion de los títulos de una Iglesia.

Que la verdadera Iglesia debe dimanar su or-

rigen de una sucesion continua de engendramientos espirituales, de la sociedad misma que fundaron los Apóstoles, es un principio de sentido comun elocuentemente establecido en la página de Bossuet que acabamos de citar: «El carácter indeleble de todas las sectas, dice, consiste en el hecho de que siempre podrán señalarse su comienzo y el instante de su interrupcion, con una exactitud tal, que ni aun ellas mismas podrán dejar de reconocer. Es este un remedio eterno preparado por Jesucristo á su Iglesia, para ponerse á cubierto de los males irrogados por todos los cismas. El hijo de Dios no deja á los que experimenten la tentacion de apartarse de esta senda sagrada, derecho alguno por medio del cual puedan encontrar un comienzo legitimo. No queda, pues, más recurso que volver á su origen á todas las sectas separadas. Ninguna podrá remontar, sin interrupcion á Jesucristo; «el punto de ruptura siempre permanecerá sangriento,» y el carácter de novedad que todas las sectas llevan eternamente impreso sobre su frente, hará que constantemente puedan ser reconocidas (1).»

(1) *Znel, sobre las promesas,*

Existe, pues, para las Iglesias, como para los individuos, una antigüedad de raza que es testimonio fehaciente de su verdadera nobleza. Si al producir hasta Adán la ascendencia genealógica de Jesucristo, ha podido decirse que aun cuando no fuera Dios, sería el prócer más distinguido del mundo, hay motivo para decir de la Iglesia verdadera, recomponiendo su línea pastoral hasta Jesucristo, que semejante sociedad sería la monarquía más antigua de la tierra, aun cuando no fuese el vestíbulo del cielo. De suerte, que cuando un granadero católico contestaba á las insinuaciones de un camarada protestante, encaminadas á hacerlo apostatar. «No me hables de tu religion, que no es más vieja que mi regimiento,» dicho soldado, hablaba sin saberlo, como el más profundo teólogo.

La sávia apostólica debe circular por las venas del verdadero cristianismo, sin intermitencia, sin interrupcion, como circula la sangre en un organismo natural. Ahora bien: al completar los dípticos de la Iglesia romana desde S. Pedro hasta Pio IX, y los de cada Iglesia particular desde su fundacion hasta nuestros dias, no se encuentra un sólo punto en que esté cortada la cadena de los pastores legitimos, no se distingue un sólo lugar en que halla cenado la

comunicacion con el tronco apostólico. Asi como todos los Papas descienden del primero de los Papas, el cuerpo episcopal procede en línea recta del colegio de los doce Apóstoles. Nada de interrupcion en los eslabones diversos de esta tradicion viviente; nada de substitucion fraudulenta en el innumerable personal de esta larga genealogía. De esta suerte, la virtud emanada de Jesucristo alcanza sin alteracion y sin disminucion á todos los puntos del tiempo y del espacio, gracias á un conductor sublime que se llama apostolado. Ciertos admiradores de las maravillas científicas no se confiesan sorprendidos viendo su pensamiento trasladado al través de los medios más diferentes por un simple aparato eléctrico: ¿consideran por ventura más difícil ó imposible para Dios, hacer pasar la gracia docente de los Apóstoles hasta el último Concilio, por intermediarios enlazados mutuamente á través de una dilatada senda, que lo es para ellos el hacer correr su pensamiento á lo largo de un hilo imantado de Francia á América debajo las ondas del Oceano? En realidad no razonamos porque nos quepa respecto de ello la menor duda, sino porque nuestros razonamientos ponen de manifiesto la verdad en lugar de oscurecerla.

Resulta de lo que acabamos de exponer, que las sectas proceden contra la Iglesia, como los falsos nobles con relacion á las antiguas razas: en defecto de la sangre toman su nombre, persuadidos de que los que no se fijen en ello, han de confundir fácilmente la identidad del nombre con la de la sangre. Mas las sectas han procurado por todos los medios imaginables proceder de otra suerte: «no hoy para qué decir, añade Bossuet, que es imposible nombrar una sola que, vuelta á su principio, no encuentre el lugar indeleblemente señalado, en el cual una parte se revolvía contra el todo, separándose de su tronco (1). «Desgraciadamente hasta tal punto irremediable, que no es posible cicatrizarlo, y cuya *ruptura* producida por desprendimiento de la rama, permanecerá constantemente *ensangrentada*.

El cisma y la herejía, han procurado constantemente y en todo tiempo pasar plaza de apostólicas, alegando que ya que no la mision, tenían de los Apóstoles la doctrina; mas no hay para qué decir que no puede haber doctrina verdaderamente apostólica sin mision de la propia

(1) *Inst. sobre las promesas.*

naturaleza. Hay más aún: toda misión procedente de otro origen que no sea la descendencia jerárquica, debería probarse lo ménos por medio de los milagros: y la verdad es, decía Erasmo, que no se ha presentado un solo cojo que haya echado á andar para probarnos que Roma sea la nueva Babilonia. Tal es el motivo que Tertuliano, ántes que admitir los herejes á discusion, los eliminaba diciéndoles anticipadamente, á fin de no tener que entenderse con ellos: «Mostradnos los orígenes de vuestras Iglesias; exponed á vuestras miradas la sucesion de vuestros pastores, estableced que el primero remonta hasta el origen, y ha sido ó un Apóstol, ó un delegado apostólico, de lo contrario, ¡á qué viene remover los límites que vuestros padres han señalado al mundo (1)!» Y en efecto: así como en virtud de la herencia apostólica cada sacerdote es un nuevo Juan, un nuevo Pablo, un nuevo Cristo, de la propia manera todo ministro del Evangelio que intercepta las corrientes del apostolado entre sí y sus abuelos, no viene á ser más que retoño bastardo.

Llamemos ahora á juicio á Focio, Pedro I,

(1) *De Prescrip.* 0.

Enrique VIII y Lutero, y preguntémosles lo que se pregunta á un obispo el día en que se le consagra: ¿Teneis letras apostólicas? Todos se ven obligados á contestar: El autor de mi misión. Entre él y la verdadera dinastía apostólica no existe comunión, mejor aún: la comunión existía y ha sido rota; por consiguiente esos miembros aislados jamás constituirán el gérmen de un organismo completo y viable. Las ramas desprendidas mueren cuando carecen de raíces y por lo tanto no es menester evidenciar á la razón lo que salta á los ojos.

En un momento determinado los dos patriarcas de Constantinopla y de Moscou declaran la primacía del Papa un hecho humano en lugar de ser un hecho divino y dejan de prestar obediencia á Roma, que les retira sus poderes. *Punto de ruptura que todavía mana sangre.*

Mas tarde Enrique VIII se proclama jefe de la religion, convirtiendo á los obispos en papas de Inglaterra, á fin de proclamarse á su vez papa de todos ellos. Desde este momento su Iglesia se desprende de la primacía romana por la independencia de jurisdiccion, no sacando de la rebelion otro provecho que el de disponer de poderes para ordenar, comprometidos al cabo de poco tiempo por los extravíos de una fé sin ri-

tual preciso, ó de un ritualismo sin fé: *Punto de ruptura que todavía mana sangre.*

Finalmente, Lutero arroja á las llamas en una plaza pública de Wittemberg, la bula de Leon X que le condenaba, y rompe con esta Iglesia romana que le hiciera cristiano y sacerdote, bajo el doble concepto de los vínculos jerárquicos y de la unidad de creencias. *Punto de ruptura que todavía mana sangre.*

En cambio, ¡qué antigüedad, qué consecuencia y qué majestad en los fastos de nuestra genealogía pontifical! Los Apóstoles han escuchado à Dios Padre, dando su mision al Hijo junto à las márgenes del Jordan, y han recibido de Dios Hijo la órden de continuarla. Llegado al momento oportuno, la comunican á su vez, en virtud de poder conferido al cuerpo episcopal, como à todos los demás cuerpos, de reproducirse y renacer incesantemente de sí misma. Esta raza más que real, ocupa el trono de San Pedro cuatro siglos antes de que Clodoveo eche los fundamentos al imperio de los Francos; diez antes de que Guillermo el Conquistador, establezca la casa de los reyes Anglo-Normandos; doce antes de que los Señores de Hapsburgo se vean elevados al imperio de Alemania; diez y seis antes de que los Romanow se esñoreen de la Ru-

sia; diez y ocho àntes, en fin, de que Napoleon coloque sobre sus cieneas la corona de Francia que con la cabeza de Luis XVI rodara del cadalso para caer en un lago de sangre. Y esta sucesion de monarcas espirituales no sufre detrimento à consecuencia de las turbaciones propias de toda eleccion, siquiera la eleccion de los Papas haya sido más frecuente que no lo han sido los acontecimientos hereditarios en todas las dinastías europeas; y esta sucesion no se ha visto interrumpida por los destierros, ora porque, por lo mismo que los Papas son los únicos monarcas universales, donde quiera que se encuentran están en sus dominios, ora porque si abandonan ó se ven obligados à abandonar su capital, les cabe la seguridad de volver à ella vivos ó muertos. Finalmente, esta dinastía nada debe temer de la extincion que amenaza à todas las demás, porque los Soberanos Pontífices son los únicos príncipes à quienes cabe la seguridad de que no ha de faltarles sucesor.

Y nose olvide que la Iglesia, aprovechàndose de los descubrimientos que segun se dice mira con prevencion, podrá dar àntes de mucho à las comunicaciones de su apostolado en el espacio, la grandeza y esplendor que los caracteriza en el tiempo. La telegrafia perfeccionada comunica

instantáneamente á todos los puntos del globo las bendiciones del Padre comun, así como á es te los testimonios de gratitud y efecto de su familia. Pues bien, los Pontífices venideros con la rapidez del rayo transitarán sus decisiones al otro lado del Océano, y comunicarán á todas las Iglesias el mismo acto de fe. Así como antiguamente los fieles del Oriente, debían esperar que transcurrieran seis meses para obtener contestación á las preguntas que á Occidente había dirigido, en la actualidad, en un mismo día puede establecerse el vínculo apostólico entre los dos más remotos confines: en un mismo día la palabra de Dios puede *correr* desde San Pedro de Roma hasta Constantinopla y Nueva York. De esta suerte en manos de la Iglesia, la ciencia contemporánea, fautora ó cómplice por lo ménos, de tantas falsedades, se verá reducida á servir de mensajera á la verdad.

CAPITULO VIII.

DE LA EDAD Á QUE DEBE ALCANZAR LA VERDADERA SOCIEDAD CRISTIANA.

Su edad en lo pasado debe ser la série jamás interrumpida de los apóstoles: su edad en lo por venir debe ser la inmoralidad. Es imposible que una sociedad que reconoce por fundador á Jesus no proceda del mismo Jesucristo; es imposible que una sociedad destinada á conducir á la eternidad las almas, no deba alcanzar la eternidad y como bajel desmantelado deba sumergirse con la tripulación antes de alcanzar el puerto. Hemos visto que no pudiendo ser el cuerpo de la Iglesia la persona continuada de Jesucristo, si existe la más insignificante intermitencia entre su existencia de ayer y su existencia de hoy,